

*Metamorfosis y contaminación humano-animal en **El animal sobre la piedra de Daniela Tarazona***

PASCUA, Javier / Universidad de Buenos Aires - javipascua@hotmail.com

Eje: Cuerpo y animalidad - Tipo de trabajo: ponencia

» *Palabras claves: animal – cuerpo- humano – Tarazona – literatura latinoamericana*

› **Resumen**

En *El animal sobre la piedra* de Daniela Tarazona hay una problematización de la animalidad a través de la transformación de la protagonista, que tras la muerte de su madre inicia una metamorfosis en la cual deja paulatinamente lo que la caracteriza como humana para convertirse en animal. Los cambios fisiológicos en su cuerpo, así como en su relación con los demás seres vivientes con los que trata —tanto animales como humanos— nos muestran que la distinción entre lo humano y lo animal no es tan clara y distinta como se suele suponer, sino que, por el contrario, hay una constante e inevitable contaminación.

Esto es algo que también aparece en el pensamiento de Jacques Derrida, a saber, la necesidad de pensar al animal y al humano a partir de la contaminación entre ambos por límites que son difusos, aunque a lo largo de la historia del pensamiento, y de manera particularmente acentuada en la modernidad, se intente presentarlos a partir de límites nítidamente trazados, dejando en el olvido lo animal que hay en el humano.

Por otra parte, analizaremos en el texto la posibilidad fáctica de acompañar al animal, tal como Martin Heidegger entiende el acompañamiento, y también veremos cómo a lo largo de la ficción aparece una vivencia particular de lo animal, o mejor dicho, de la manera en que el animal siente su propio cuerpo, que parece ser irreductible, que no puede ser comprendida por el humano, ni siquiera (o sobre todo no) por medio del conocimiento científico.

› **Introducción**

En *El animal sobre la piedra* de la escritora mexicana Daniela Tarazona hay una problematización de la animalidad a través de la transformación de Irma, la protagonista, que tras la muerte de su madre inicia una metamorfosis en la cual deja paulatinamente lo que la caracteriza como humana para convertirse en

animal, más precisamente en una especie de reptil, o de híbrido reptil-humana. Estos cambios, que son tanto fisiológicos y corporales, como en cuanto a su relación con los demás seres vivientes con los que trata —tanto animales como humanos— nos muestran que la distinción entre lo humano y lo animal no es tan clara y distinta como la han pensado la tradición filosófica y, al mismo tiempo, el sentido común predominante, sino que hay una constante e inevitable contaminación entre lo humano y lo animal que cotidianamente intentamos solapar.

Esta contaminación, así como la crítica a la tradición y a esta actitud natural que ven una única e infranqueable frontera entre el humano y el animal, está presente en el pensamiento de Jacques Derrida, quien señala que los límites trazados en verdad son difusos y que, con tal de dejar en claro nuestra diferencia con los animales no humanos, solemos aglutinar a la vasta pluralidad de especies animales en un solo concepto general que nos separe de ellas, “el Animal”.

Por otra parte, a partir del personaje que es presentado por Irma como su compañero —que a su vez tiene como mascota a un oso hormiguero llamado Lisandro—, analizaremos en el texto la posibilidad fáctica de acompañar al animal, tal como Martin Heidegger entiende el acompañamiento. Asimismo, veremos la manera en la cual a lo largo de la ficción aparece una vivencia particular de lo animal, o mejor dicho, de la manera en que el animal siente su propio cuerpo, que parece ser irreductible, que no puede ser comprendida por el ser humano, ni siquiera (o sobre todo no) por medio del conocimiento científico.

› ***Lo demasiado humano***

La novela tiene la forma de un diario en el cual Irma relata su transformación y comienza con un gato que sorpresivamente visita a Irma luego de la muerte de su madre. Este gato la mira y se siente como si la conociera, se siente como en su casa. En esta mirada que intercambian hay casi un anuncio de la pronta metamorfosis que acaecerá sobre Irma. Tal vez por esto mismo es que Irma pretende echar al gato de su casa, es decir no ve posible una relación de hospitalidad con el animal porque todavía es humana, demasiado humana. No ha advertido aún lo animal que hay en ella ni tampoco su devenir animal. Sin embargo, poco después ya siente los cambios en su organismo y nota que la manera en la cual percibe el mundo ya no es la misma.

Es más, llega a decir “ante la contundencia de este nuevo porvenir he concluido que perderé los recuerdos. He decidido tener una vida feliz” (Tarazona, 2011: p. 17). Pero por más que lo “decida”, esto no es algo que pueda depender de su voluntad, sino, como ella misma dice, de la contundencia de esto nuevo que se le presenta, que se le impone. Irma no podrá decidir acerca de su metamorfosis, ni su velocidad ni su intensidad ni ninguna otra cosa al respecto. Por el contrario, esta transformación le acontece de manera que no la puede manejar ni calcular. Sin embargo, esta relación que presenta entre la

pérdida de recuerdos y una vida feliz nos hace recordar lo que afirma Nietzsche en la segunda de las *Consideraciones Intempestivas*, donde el animal es presentado como ahistórico y por lo tanto feliz (*cfr.* Nietzsche, 2011: pp. 697 y ss.), es decir, al no tener recuerdos y vivir solo el instante en tiempo presente, el animal —a diferencia del humano— alcanzaría la felicidad¹. De todas maneras, si bien por momentos Irma pierde recuerdos de cosas que ha vivido y tiene momentos en los cuales no sabe cómo llegó a ellos, no pierde la memoria o la capacidad de recordar, pues la novela está escrita como si fuera un diario en el cual ella vierte sus vivencias de esta metamorfosis.

Igualmente, más avanzada la transformación, Irma dice que esta no es dolorosa y que su vida es de placidez. Es más, afirma que “el presente ya no es el tiempo que vivo, ahora me encuentro aletargada dentro de un cuerpo propio pero alterado” (Tarazona: p. 77). En otras palabras, Irma, ya entrada la metamorfosis, se siente a gusto con su cuerpo y dice ya no vivir el presente. Esto es algo que nos permite pensar acerca del tiempo que vive el animal. Pues si ya no tiene recuerdos y tampoco vive el presente, ¿qué tiempo vive entonces? O más aún, ¿el animal vive el tiempo? Por más que la tradición filosófica en general le haya negado al animal cierta temporalidad, en la novela parece ofrecérsenos una respuesta, y esta la da el compañero de Irma en su transformación. Él le comenta a ella “Eres un animal prehistórico y estás viendo transcurrir el tiempo que nadie más ve” (*ibid.* p. 38). Es decir, aquí hay un reconocimiento de la vivencia del tiempo por parte del animal, pero de una manera que solo ella, en plena metamorfosis humano-animal, puede experimentar. Es una manera que no comparte con los animales humanos ni con las otras especies de animales no humanos. Irma vive el tiempo y todo lo que se le presenta de un modo particular y que no es compartido ni siquiera con Lisandro, el oso hormiguero que vive con su compañero.

Esta irreductibilidad en la experiencia de lo que se presenta respecto a los humanos pero también a otras especies animales nos muestra lo que señala Derrida al acuñar el término “animote” —que en el original francés *animot* suena igual que el plural *animaux* (animales)— y con el cual pretende dejar en claro que, cuando la filosofía habla de “el animal”, olvida la inmensa multiplicidad de especies animales que hay y las reúne en un solo concepto de modo que pueda ser diferenciado del humano con una pretendida certeza (*cfr.* Derrida, 2008: pp. 65 y ss.). Así, al hablar de “el animal”, trazamos un solo límite claro y distinto, cuando en verdad se trata de múltiples límites que nos son tan precisos, sino más bien difusos.

Además, en la novela hay un sutil tratamiento del problema del lenguaje animal, pues durante la metamorfosis ella habla solo con su compañero y plantea la necesidad del silencio debido a que solo se puede hablar con quien esté dispuesto a escuchar (p. 55). Por lo que nos cabe la pregunta ¿podríamos escuchar la voz del animal, en caso de que la tenga, si antes no le damos lugar? El texto de Tarazona

¹ Debemos recordar, como lo señalaremos más adelante, que Nietzsche en su *Genealogía de la moral* realiza una crítica del olvido de lo animal en el hombre.

parece mostrar que solo el compañero está realmente dispuesto a escucharla, y, como veremos más adelante, hasta cierto momento. Pero el lenguaje, que es algo que desde la tradición filosófica y el sentido común se le niega al animal, parece tener relación con una predisposición a la escucha. ¿No será que consideramos que el animal no habla, que carece de lenguaje, porque no estamos dispuestos a escucharlo? ¿Acaso estamos dispuestos a escuchar al animal?

› **Reconocimiento**

Por otra parte, hay un reconocimiento de la animalidad de Irma por parte de otros animales, como es el caso del gato del comienzo (Tarazona, 2008: p. 9); o el del pez que la esquiva cuando ella estaba en las aguas de la playa cercana a su vivienda (p. 39); o el del propio oso hormiguero, Lisandro, que la reconoce en su animalidad como una rival en la búsqueda de alimento (pp. 49 y 50). Pero el caso más claro de reconocimiento en la metamorfosis animal que experimenta Irma sucede al encontrarse con otros reptiles con los que compartía una grieta en una piedra de la playa para recibir el calor que allí había dejado el sol. En ese momento, Lisandro comienza a bufar, de manera que las iguanas que estaban en la grieta salen y se van. Eso hace que Irma se enoje y le lance a Lisandro un líquido venenoso de su boca, y luego regrese a la grieta. Pero no estaba sola como creía, pues una de las iguanas se había quedado allí. Irma la ve, la ataca y la devora.

De todo esto nos enteramos por el diario de Irma, donde también cuenta que tras este hecho tanto Lisandro como su compañero desaparecieron. Ella no sabe si fue porque su compañero vio el acto de comerse a otro ser de la misma especie o por otra razón, pero lo cierto es que luego de este episodio de canibalismo no los ve más. Quizás sea precisamente esto, el hecho de comerse a otro que es igual a uno, lo que le resulta intolerable al compañero humano de Irma y por lo que decide abandonarla. Quizás lo que nos resulte intolerable sea comerse a uno como nosotros, a un semejante. Y quizás por esto mismo trazamos una diferencia tajante con el animal. Como no somos iguales, lo podemos criar para el consumo y sacrificarlo, comerlo. Sin embargo, esta apropiación del animal se da porque previamente hay una anulación de la extrañeza del animal, de la alteridad que el animal es. Pues, para dominarlo y criarlo para el consumo, es necesario apropiarlo y anular su alteridad, esa alteridad que sin embargo nace de la semejanza (*cf.* Cragnolini, 2016: pp. 31 y ss.). De todas maneras, habría que pensar si nosotros mismos, los humanos, no somos también criados para el consumo, si no somos también sacrificados a diario en nuestros trabajos en los que solo importa rendir y hacer horas extras y obtener resultados y alcanzar objetivos para cobrar una comisión que nunca termina por ser suficiente. Aunque quizás la situación más patente y más cruel de apropiación del otro humano, de su sacrificio, sea, como señala Mónica Cragnolini, la trata de personas (*ibid.* p. 141), donde millones de seres humanos son obligados a realizar

trabajos forzados o a situaciones de esclavitud sexual. Es en estos casos donde más patente se ve la animalización del ser humano, donde el cuerpo del humano es considerado como una mera cosa a disposición del uso de alguien que se impone como amo y señor de esos cuerpos. No obstante, de las personas responsables de estos hechos se suele destacar su falta de “humanidad” y se las suele calificar de “animales”, de “bestias”, porque no se considera que un humano con todas las letras llegue a ser capaz de hacer eso. Es decir, lo que el compañero de Irma ve en ella es la animalización que el ser humano no tolera en su cotidianeidad, el comerse al otro que es semejante a uno. Aunque en cierto sentido, cotidianamente —y en términos simbólicos, aunque con claras consecuencias en la realidad efectiva— también hay humanos que comen otros humanos. Por esta razón, como señala Heidegger —en un pasaje que recuerda a Montaigne—, considerar al humano superior al animal es más que discutible, “sobre todo si pensamos que el hombre puede hundirse más profundamente que el animal: este jamás puede depravarse tanto como un hombre” (Heidegger, 2008: p. 245).

› ***La metamorfosis paulatina***

Sin embargo, Irma no vive su metamorfosis de manera traumática, sino que la acepta y los cambios en su cuerpo y su conducta los considera como parte de un proceso que debe atravesar. Es más, afirma “mi mutación no es particular, todos los animales que mutan asumen las cualidades que estrenan. Para mí es igual” (Tarazona, 2008: p. 44). Ella asume sus instintos y los reconoce como propios, no los niega ni pretende silenciarlos. En este sentido, al contrario de “La Metamorfosis” de Kafka, por ejemplo, donde Gregorio Samsa sufre la repentina transformación de la que se da cuenta al despertar por la mañana —sobre todo por la reacción de su familia—, aquí Irma consiente la paulatina metamorfosis que le sucede. En esto se diferencia de su hermana, que se suicidó luego de que su transformación animal comenzara a desarrollarse. Esto es algo que la propia Irma descubre al revisar fotos familiares, donde su hermana intenta esconder sus manos que ya tenían otro color y textura. Pero Irma no solo acepta sus cambios, sino que estos le permiten reconocerse en su animalidad indeterminada, en su contaminación humano-animal. A partir de este retorno a la animalidad, de su devenir reptil, llega incluso a considerar al fuego como el principio de todas las cosas. Es más, Irma, que ya es una mujer-reptil, alcanza una sabiduría que había sido dejada de lado en su vida humana, pues afirma “sé que venimos de materias que ardieron. Lo olvidé en mi vida humana, ahora lo recupero” (Tarazona, 2008: p 73). Así vemos que hay un reconocimiento a cierto conocimiento animal del que carecería el ser humano. Pues el humano habría olvidado estos conocimientos al olvidar su animalidad.

Este olvido de la animalidad del hombre nos hace recordar nuevamente a Nietzsche, pero en este caso a su *Genealogía de la moral*, donde plantea que el hombre ha querido domesticar al animal que lleva en sí

mismo y que por lo tanto sufre precisamente por una “separación violenta de su pasado de animal” (Nietzsche, 1997: p. 109). Es decir, el hombre ha dejado de lado su animalidad, razón por la cual es demasiado humano y se impone sobre el resto de lo viviente como amo y señor. Pero, como ya hemos dicho más arriba, para imponerse debe considerar al resto de la pluralidad de animales bajo un solo concepto que se diferencie de manera clara y distinta de sí mismo. En la novela de Tarazona, por el contrario, hay una contaminación entre lo humano y lo animal que no permite definir con certeza si Irma es todavía un ser humano o un reptil.

Tal vez la situación donde más evidente se nos hace esta contaminación humano-animal sea el embarazo de Irma, pues la concepción no se da por una cópula directa entre Irma y su compañero, sino que el compañero se masturba y luego ella apoya su “nuevo sexo” (tal como ella lo define) sobre la mancha de semen en la arena. Por esta razón, al advertir que está embarazada, afirma “usé de manera correcta mi instinto. [...] Somos seres que habitan el planeta desde hace miles de años y la búsqueda de la supervivencia es una intención natural” (Tarazona, 2008: p. 46).

Es decir, Irma entiende que su cuerpo ya no es el de un ser humano corriente, pero tampoco es completamente el de un reptil. Es un híbrido, una cruce entre especies que no se puede determinar y que nos recuerda lo animal que hay en nosotros. Sin embargo, ella misma se pregunta en torno a su identidad “¿ya no soy una persona?” (Tarazona, 2008: p. 77). Parece que esta metamorfosis que nunca termina por completarse deja a Irma en una indeterminación respecto a lo que ella es que la lleva a cuestionarse y a cuestionarnos a nosotros mismos por nuestra animalidad.

Es más, ya estando embarazada, Irma se define a sí misma y dice “soy una mujer adulta” (Tarazona, 2008: p. 85), aunque apenas un par de páginas después expresa su felicidad al decir “me encuentro en el estado perfecto de cualquier *hembra*, y no es por verme preñada, sino por comprobar que la vida no se terminará después de mí” (Tarazona, 2008: p. 87)². O sea que la propia Irma fluctúa en su manera de definirse, reconociéndose animal, incluso reptil, anfibia (p. 35) al mismo tiempo que mujer, aunque ella también afirme “no puedo considerarme ya un ser humano” (p. 72), lo que nos muestra la constante indeterminación que la atraviesa.

› **La posibilidad del acompañamiento**

Sin embargo, esta indeterminación presente en el cuerpo de Irma y en la vivencia de su propio cuerpo nos lleva a otro problema que está presente en la novela, la posibilidad de acompañar al animal. Cuando hablamos de acompañar al animal, pensamos en el modo en el que Martin Heidegger entiende el acompañar (*Mitgehen*), que es a partir de la transposición, es decir, acompañar es transponerse en el otro.

² El subrayado es mío. JP.

En el curso *Los conceptos fundamentales de la metafísica*, Heidegger la define de la siguiente manera: “transponerse (*sich versetzen*) en este ente significa [...] llegar a saber [...] qué sucede con él, dar información sobre cómo es él mismo, quizá incluso llegar a ver[lo] [...] más nítidamente de lo que él mismo es capaz” (Heidegger, 2008: p. 252). Según Heidegger, el acompañamiento es posible pero no se realiza fácticamente. Habría una incapacidad del hombre de acompañar efectivamente al animal, aunque tenga esa posibilidad.

En el texto de Tarazona, esta posibilidad de acompañar se plasma en el personaje que Irma denomina precisamente como su compañero. Este personaje, que a lo largo de la novela no tiene nombre —como sí tiene su mascota, Lisandro, el oso hormiguero—, se encuentra a Irma en la playa en el comienzo de su metamorfosis. Allí entablan una relación en la cual él ciertamente ayuda a Irma en su transformación y cuida de ella. Sin embargo, avanzada la transformación el acompañamiento parece mermar, al punto tal que tanto el compañero como su mascota desaparecen, como hemos visto, tras que Irma se comiera a otro reptil como ella.

Entonces, cabe la pregunta ¿es posible acompañar al animal? En la novela parece ser que, al igual que para Heidegger, tampoco es posible el acompañamiento, pues el compañero deja a Irma cuando ella más animal se asume. Y si tomamos la última parte de la definición de la transposición que da Heidegger, la que señala que consiste en llegar a ver al otro “más nítidamente de lo que él mismo es capaz”, parece que tampoco puede hacer esto el personaje de la novela, pues él mismo reconoce “moriré sin conocerte” (Tarazona, 2008: p. 79). Podríamos decir, sin embargo, lo mismo de todas las personas con las que nos relacionamos, dado que difícilmente se pueda conocer propiamente a otra persona, incluso a uno mismo. Y sin embargo, esta frase nos señala la imposibilidad de conocer al animal, de poder transponernos en él y acompañarlo efectivamente. Es por esta falta, nuestra falta, por ser demasiado humanos que no podemos acompañar al animal en su animalidad, es por haber olvidado lo animal en nosotros mismos, aunque lo animal siga presente en nosotros.

Pero la novela no se queda únicamente con esta imposibilidad de acompañar al animal, sino que también la ciencia es alcanzada en la crítica, pues al cierre de la novela, Irma es internada en un hospital y le realizan exámenes médicos, pero al no ser tratada como lo que es, un ser contaminado de humanidad y animalidad, los médicos no obtienen los resultados que esperan y se desconciertan. “Ellos buscan en mí algo que me es imposible dar” (Tarazona: p. 101), dice Irma y así nos muestra que la ciencia siendo incisiva y racional en el trato con los cuerpos no puede acceder a lo que esos cuerpos son verdaderamente, en este caso a su cuerpo más animal que humano.

Esta imposibilidad del hombre de acompañar al animal se ve reforzada porque Irma no es ni humana ni animal por completo, como ella dice, “estoy compuesta de fragmentos, no soy un animal completo y,

desde esa carencia, resultado extraña para quienes sí lo son” (Tarazona, 2008: p. 56), de manera que tanto humanos como animales la ven como una extraña.

Y sin embargo, retomemos por un momento el título del libro, *El animal sobre la piedra*, para vincularlo al análisis que realiza Heidegger en el ya mencionado curso donde trata la animalidad. Allí Heidegger da el ejemplo de un animal sobre una piedra, más precisamente de un reptil también, un lagarto. Este lagarto está sobre la piedra y recibe el calor del sol, como hace Irma en reiteradas ocasiones a lo largo de la novela. Y el lagarto del que habla Heidegger no tiene una relación con la piedra ni con el sol como la podríamos tener nosotros, porque para el lagarto la piedra no es una piedra con ciertas características mineralógicas ni el sol es objeto de preguntas astrofísicas (*cf.* Heidegger, 2008: p. 248), sino que vive eso que se le presenta de una manera diferente a nosotros. Y de esa manera diferente también lo vive Irma cuando yace sobre la piedra a tomar sol, aunque en su caso todavía puede hablar de “piedra” y de “sol” por su contaminación humano-animal.

› **Reapertura**

De esta manera, por esta contaminación humano-animal que nos plantea la novela, podemos ver que en el porvenir tal vez esté la posibilidad de reconocerse como animal, de reconocernos como tales, como algo que no es tajantemente determinado de una u otra manera en una lógica que excluye, sino que nos podamos reconocer en el animal y lo podamos ver como un otro, como alguien por el cual temer, como alguien por el cual procurar su cuidado, y pensarnos a nosotros mismos como Irma piensa a su hija, que se desarrolla en un huevo dentro de su vientre de reptil-humana: “la imagino: ella tiene branquias, después la convierto en ave; ella, como yo, es todas las bestias de la creación, sus cambios suman la historia animal” (Tarazona, 2008: p. 85).

Bibliografía

- Cragolini, M. B. (2016) *Extraños animales. Filosofía y animalidad en el pensar contemporáneo*. Buenos Aires: Prometeo.
- Derrida, J. (2008) *El animal que luego estoy si(gui)endo*, trad. de Cristina de Peretti y Cristina Rodríguez Marciel. Madrid: Trotta.
- Heidegger, M. (2007) *Los conceptos fundamentales de la metafísica. Mundo. Finitud. Soledad*, trad. de Alberto Ciria. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, F. (2011) “Consideraciones intempestivas II” en *Obras completas. Volumen I*, trad. de Joan B. Llinares, Diego Sánchez Meca y Luis E. de Santiago Guervós. Madrid: Tecnos.
- Nietzsche, F. (1997) *Genealogía de la moral*, trad. de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza.
- Tarazona, D. (2008) *El animal sobre la piedra*. Buenos Aires: Entropía.